

Cuando despertó el ex-mercader ya estaba bastante entrado el día. M. Levrault por lo tanto se apresuró á brincar del lecho, abrió una ventana, y dirigiendo la vista sobre el paisaje, buscó en vano los doce castillos que habia encargado á Jolibois. El semblante del padre de Laura no pudo menos de entristecerse al ver que no descubrian sus ojos mas que algunas telas de Chollet, que estaban puestas á blanquear entre la espesura. Tranquilizóle empero la reflexion de que el valle era angosto, y la de que no podia exigir razonablemente que todos los castillos de la comarca se hubiesen citado en las cercanías de la Trelade para darle la bienvenida. Un talento mezquino hubiera hallado quizás algo de bochornoso en la vecindad de las manufacturas puestas á secar á orillas del Sevres;

pero M. Levrault, que habia llegado á creerse con toda formalidad uno de los principes de la industria manufacturera, no se ruborizaba del origen de su opulencia, ni temia que se la recordasen. El espectáculo que se ofrecia á su vista acabó de dar un curso alegre á sus pensamientos. Todo cuanto miraba en torno suyo respiraba el fasto de la vida señorial: sus criados iban, venian y se cruzaban en todas direcciones. Sus perros, conducidos por dos vigorosos picadores, aullaban alegremente, y el viento fresco de la mañana traia sus sonoros ecos: los jardineros arreglaban las calles del parque, y recortaban la yerba de las praderas. Sus caballos, cubiertos con caprichosas mantas, regresaban de paseo; sus pavos reales estendian la esplendorosa cola sobre las gradas del vestibulo, y sus cisnes por último nadaban blandamente sobre un lago costeadado de sauces y copudos olmos. Al contemplar todo esto, que veia á ser una gala de su riqueza, M. Levrault empezó á sonreirse, y á sentir lleno su corazon de orgullo y de gozo. Pareciale que todos los ruidos, todos los rumores y todas las armonias del valle; que el canto de las aves, el murmullo del viento, el estruendo de las presas, el graznido de los pavos, el arrullo de los pichones en el palomar, el cacareo de las gallinas en los corrales, el relincho de los caballos y hasta el aullido de sus perros, se confundian en

una sola voz, inmensa como la del Océano, y que esta voz decía: «M. Levrault tiene doce millones.» A este gran concierto únicamente faltaba la parte de las cañas, de que la fábula hace mencion. El ex-mercader, despues de contemplar por largo rato el espectáculo agradable que tenia delante de sí, envuelto en una bata de cachemira con grandes flores de color, bajó al parque, donde estaba paseándose su hija, hacia más de una hora.

Laura, que se habia aclimatado ya á aquella atmósfera de lujo y de elegancia, paseaba de un lado á otro y respiraba en ella como en su elemento natural. Lo único que le faltaba para hallarse enteramente á su gusto, era despojarse del apellido Levrault, que venia á ser para la hija del ex-mercader de paños, lo que era para la princesa del conde de Perrault la horrible piel de asno que la cubria de los piés á la cabeza. Las indiscreciones de maese Jolibois habian producido todo el efecto que aquel astuto compadre habia calculado, y la narracion referente á la presentacion del vizconde en la córte habia inflamado las esperanzas de M. Levrault: la historia de Gaspar y Fernanda no habia influido ménos eficazmente en la imaginacion de su hija.

No es esto decir que aquella imaginacion se viesse impulsada ni poco ni mucho hácia los grandes sentimientos; hacia ya mucho tiempo que la vanidad le habia cortado las alas; pero los castos amores de

aquellos dos muchachos tan bruscamente separados por la muerte, el fin lamentable de la señorita de Chanteplure, sumergiéndose en las ondas como la jóven Tarentina, no habian podido ménos de conmover el corazon de Laura, cuyo amor propio picaba algun tanto la obstinada fidelidad del vizconde de Montflanquin. Hacer que Gaspar fuese infiel y perjuro, era una empresa digna de su ambicion, y que prestaba nuevos atractivos al leon atigrado, con la cola hendida y traspasada por un aspa, y acostado bajo una cimera azul con roeles de oro.

Con estos precedentes, no es difícil comprender que el vizconde de Montflanquin no tenia más que presentarse, para tomar por divisa las tres palabras de César.

Padre é hija pasaron toda la tarde esperando al vizconde, y las horas trascurrieron sin que se verificase su llegada. Laura habia ya cambiado tres veces de traje. M. Levrault, vestido á lo hidalgo de aldea, iba y venia mil veces del vestíbulo á la verja, y de la verja al vestíbulo, y nunca veia llegar á nadie. De vez en cuando subia á su habitacion, y mirándose al espejo, se regocijaba creyendo que tenia un aire distinguido. Despues se iba en busca de sus criados, con los cuales se ejercitaba para ir adquiriendo la costumbre de mando y de dignidad.

El sol, sin embargo, continuaba descendiendo hácia su ocaso, y el vizconde no habia parecido aun. M. Levrault, que empezaba á encontrar semejante proceder un tanto inconsiderado, no pudo ménos de comunicárselo así á su hija, tan pronto como acabaron de comer. Hay que advertir que M. Levrault habia sido en los últimos años de la restauracion uno de los liberales más significados del barrio de Saint-Denis, y que habia pasado diez lo ménos en su tienda tronando contra los nombres más ilustres de la monarquía. Sus opiniones se modificaron extraordinariamente despues; quedábale empero, en el corazon, quizás sin que él lo supiese, un resto de su arraigado odio á la antigua nobleza, y aun cuando la vanidad ó el cálculo le hacian correr en pos de ella, la detestaba secretamente y á pesar suyo por hábito, y no se adheria con sinceridad sino á aquella cuyos títulos no se remontan más que al año de 1830. A sus ojos la dignidad, la felicidad y la gloria de la Francia databan solamente de la época en que él habia hecho su fortuna. De suerte que el bueno del ex-mercader, irritado de haber estado esperando inútilmente durante todo un dia, decidido á no dejarse poner el pié encima por nadie, y á mantener tiesa y firme la bandera de la nueva aristocracia, de la cual se consideraba uno de los principales representantes, dió rienda suelta á su mal humor.

Quejábase á su hija de lo mal que sentaba á aquellos señorones que se morian de hambre en sus ruinosos castillos, el conducirse de semejante modo con los corifeos de la gran industria, y exclamaba lleno de indignacion, paseándose agitadamente por la sala, mientras que Laura tocaba con negligencia en el piano una melodía de Schubert:

—¡Si creen ponernos la ley, se equivocan! Su reinado pasó ya; al presente pueden y deben darse por muy contentos de que nosotros nos dignemos servirnos de ellos como de escabeles, comprándoles sus nombres para prolongar los nuestros.

—Padre mio, repuso Laura, dejando correr sus dedos por el teclado; tenga V. presente que aun queda un ratito de dia, y que al vizconde habrá podido ocurrirle algun contratiempo; tal vez vendrá dentro de poco.

—Yo no tengo antepasados, es verdad, prosiguió M. Levrault; pero tengo en cambio doce millones, y con ellos podré comprar cuantos Bandoüin y Lusignan se me vengan á las mientes. El vizconde de Montflanquin debiera saber por la cuenta que le trae que nosotros los grandes fabricantes estamos poco acostumbrados á esperar; que á mí se me da un pito de su leon atigrado con la cola rematando en trompeta, y que respecto á sus

roeles de oro, le valdria más tenerlos en su bolsillo que en su escudo.—¡Juan! gritó en seguida á un lacayo que atravesaba el patio en aquel instante.—Pon el coche; vamos á salir ahora mismo.

—¿Cuál? preguntó el lacayo.

—La carretela descubierta á la Daumont; pónle un tiro de cuatro caballos. Celebraré infinito, añadió M. Levrault dirigiéndose á su hija, saber dónde vive el vizconde, para pasar por delante de su palomar; quisiera mostrar á ese pelagatos la leña con que nos calentamos nosotros los fabricantes por mayor.

—Repare V., padre mio, que el vizconde está en su derecho, repuso Laura sin moverse de su asiento; ¿no recuerda V. que le contestó diciéndole que tendríamos á grande honra recibirle á la hora que más le acomodase?

—Sí tal; pero por lo mismo debia ser más exacto, puesto que sabe quien soy.

Al terminar estas palabras, abrióse la puerta del salon, y se presentó un lacayo á anunciar al vizconde Gaspar de Montflanquin.

Laura se levantó del piano, y M. Levrault tomó una actitud llena de dignidad.

De allí á un instante entró el vizconde en la estancia.

A pesar de cuanto habia dicho maese Jolibois, y aun cuando me arriesgue á que el oficial de nota-

rio me califique de vulgo, el vizconde estaba muy lejos de ser una buena figura; al contrario, era bastante feo; pero su fealdad no carecia de cierta gracia. Examinándole con una atencion minuciosa, distinguíanse en su semblante ciertos rasgos de nobleza sobre las ruinas de su juventud, como se distingue una inscripcion cuyas dos terceras partes ha borrado la accion del tiempo. Quizás no tendria más que veintiocho años, como habia dicho maese Jolibois; pero podian echársele sin ofenderlo treinta y cinco, á causa sin duda de los nobles disgustos que habian hecho palidecer su frente.

Iba vestido con cierta pretension, y ostentando en el ojal del frac la cinta de una orden extraña y desconocida. Pequeño, pero de buenas proporciones, y con un aire de desenfado y ciertas maneras aristocráticas, que no eran de las de mejor ley; esbelto, petulante, y con una soltura que participaba de la ligereza de un clown y del desembarazo de un marqués, no podia ménos de chocar encontrarle en medio de la Bretaña: en París, y en uno de esos grupos de hidalgos tronados, que en aquella época comentaban la divisa *Nobleza obliga*, y ganaban sus espuelas en el campo de batalla del *lansquenet* y del treinta y cuarenta, á nadie hubiera sorprendido su presencia.

El vizconde hizo al entrar tres cortesías á guisa de saludo, y despues dijo dirigiéndose á M. Levrault y á su hija:

—Pido á Vds. mil perdones por haberme hecho esperar, desatendiendo todos mis deberes. He incurrido en una falta, que me deshonra, y de la cual no me rehabilitaré en toda mi vida. Esto no obstante, juro á Vds., bajo la fé de caballero, que no ha estado en mi mano el evitarlo. Salí á medio dia de Montflanquin, y me dirigia corriendo á la Trelade, cuando al volver el recodo de un soto, tropecé con el conde de Kerlandec, que me detuvo diciéndome con evidentes señales de regocijo:—¿Sabe V. que ha llegado ya M. Levrault?

—Señor vizconde, repuso interrumpiéndole el padre de Laura; dignese V. tomar asiento.

—A los quinientos pasos de donde dejé al conde de Kerlandec, prosiguió el vizconde, sentándose en una butaca, me ví segunda vez detenido por el antiguo caballero de Barbanpré, descendiente de Godofredo de Bouillon por la línea femenina, el cual me dijo con la más sincera alegría:

—Señor vizconde, ya tenemos entre nosotros á M. Levrault.

—Ya lo sé, repuse: ahora mismo voy á visitarlo.

Y aun cuando hice los mayores esfuerzos para separarme de él, no pude conseguirlo en un gran

rato, porque el bueno del caballero me asió de un boton del frac; y me hizo olvidarme de todo, hablándome de V. y de su hermosa hija.

—¿Quiere V. tomar algun refresco, señor vizconde? dijo M. Levrault.

—Mil gracias, amigo mio. Cien varas más adelante me encontré con la marquesa de Francastel, la cual me dijo:—Ya supongo á V. sabedor de la noticia que ocupa actualmente la atencion de todo el pais? M. Levrault ha llegado ayer tarde á la Trelade en una silla de postas arrastrada por cuatro caballos. Cuando V. le vea hágame el obsequio de decirle de mi parte que tendria á grande honra pasar á felicitarle por su feliz llegada á nuestra provincia; pero que me veo imposibilitada de cumplir un deber tan grato, porque tengo precision de salir mañana mismo para París.

—Señor vizconde ¿quiere V. tomar un vasito de vino de Chipre ó de Alicante?

—Lo agradezco infinito, pero no quiero absolutamente nada. Vime, pues, precisado á detenerme más de otra hora hablando de V. con la marquesa, la cual recabó de mí que me fuera á comer con ella á su castillo, en donde volví á hallar al conde de Kerlandec y al caballero de Barbanpré. Durante toda ella la conversacion giró únicamente sobre el mismo asunto. Inmediatamente que se terminó, y cuando apenas nos habíamos levanta-

do de la mesa, me escapé á toda prisa, dejando en el castillo tantos envidiosos como convidados; y aquí me tiene V. avergonzado, confuso, pero dichoso al mismo tiempo por haber llegado á su presencia, y con la osadía bastante para atreverme á suponer que se dignará perdonarme esta falta involuntaria.

—No hay de qué, señor vizconde; repuso M. Levrault, cuya cólera se extinguió en su semblante con la misma rapidez que la luz de un meteoro en el firmamento. Más bien debo dar á V. las gracias más cumplidas por la prontitud con que se ha dignado venir á visitarme.

—Y yo también, caballero, añadió Laura, debo manifestar á V. mi gratitud, por el lindísimo ramillete que me ha mandado con su lacayo. Puedo asegurar á V. que lo he recibido como una prenda de la benevolencia que esperamos encontrar en este hermoso país.

A las primeras palabras que pronunció la hija del ex-mercader, estremeciéndose el vizconde como si hubiera recibido en su pecho la descarga de una pila de Volta, y se volvió repentinamente hacia la jóven, á quien apenas había mirado hasta aquel momento, quedándose contemplándola con los codos apoyados sobre los brazos de la butaca donde se hallaba sentado. Al verle en aquella posición, cualquiera lo hubiera tomado por un pe-

regrino extasiado á los piés de una Madona. Laura se turbó y bajó los ojos.

M. Levrault no sabía qué pensar.

—¡Cosa extraña! exclamó, en fin, el vizconde restregándose la frente, como quien se encuentra en estado de sonambulismo.

Después, reconcentrando sus ideas, y afirmándose, como suele decirse, en los estribos, volvió á coger el hilo de la conversacion, sin aparentar que había notado la turbacion de Laura y de su padre, con tanto desembarazo como si no hubiera estado en el secreto de lo que acababa de suceder.

—Me jacto, señorita, de haber sido el primero que en esta tierra de Bretaña os he rendido el homenaje de que todo caballero es deudor á la hermosura. Y por lo que respecta á V., M. Levrault, al apresurarme á visitarle no he hecho más que llenar un deber para mí muy grato y satisfactorio. Más de una vez mi notario me había hablado de la laboriosidad de V. y de sus riquezas, que ningun valor tendrían á mis ojos sino fuesen el fruto de las obras de V., y el premio de su inteligencia. No olvidaré jamás lo mucho que debo á Jolibois por haberme proporcionado la ocasion de hacer á usted los honores en esta comarca.

—Y á la mia también, dijo M. Levrault; porque aun cuando nosotros, los grandes fabricantes, es-

temos acostumbrados á ser en todas partes bien recibidos, debo confesar á V., señor vizconde, que estaba muy lejos de esperar tan honrosa distincion.

—¡Pues no faltaba más! Sepa V., amigo mio, que si aun queda por aquí alguno que otro marqués de Carabaca pagado de su ejecutoria, y que rehusa marchar con el siglo, obstinándose en enterrarse vivo en lo pasado, nosotros somos los primeros en burlarnos de su tontería. La nobleza no es ya aquella falange impenetrable que sobrevió contra ella tantas sangrientas enemistades, aunque legítimas casi todas, si se quiere; en la actualidad abre sus filas á todas las glorias, á todos los talentos, á todas las superioridades; de consiguiente, caballero, excuso decir á usted que se halla dispuesta á hacerle la más favorable acogida.

—En ese caso, señor vizconde, espero de su bondad que se dignará facilitarme una lista de los castillos á donde debemos presentarnos.

—Y dirigir nuestras excursiones, añadió Laura, por este país, que, segun me han contado, es delicioso.

Al oír la voz de la señorita Levrault, el vizconde se estremeció de una manera visible, y se pasó la mano por la frente; pero dominando al punto su emocion, se apresuró á contestar:

—Estoy enteramente á las órdenes de ustedes; este país es, en efecto, muy delicioso, y me ofrezco á recorrerlo en su compañía, y á presentarlos en algunas quintas de la comarca, si no tienen ustedes inconveniente en concederme tan distinguida honra. Lo único que siento es que de aquí á tres semanas me veré precisado á dejar la Bretaña para restituirme á París.

—¡Es posible, señor vizconde! exclamó consternado M. Levrault.

—¿Qué quiere V.? No puedo ser enteramente insensible á los atractivos del gran mundo; la módica fortuna, por otra parte, que me han dejado las revoluciones, no me permite sostener aquí mi nombre con el esplendor de que es digno. Y eso que una desgracia inconmensurable que me aplanó en la flor de la juventud, la prudencia, y hasta mis naturales inclinaciones, me inducen á apetecer una vida retirada, el silencio de los campos y la soledad de los bosques. Hay exigencias, sin embargo, á las cuales no puede resistir fácilmente un hombre galante; esta mañana, por ejemplo, he recibido una carta de uno de nuestros jóvenes príncipes, invitándome á las carreras de Chantilly. Ahora bien, caballero, ¿qué haría V. en mi lugar?

—Partir inmediatamente, contestó M. Levrault sin vacilar.

—Añada V. á todo esto que el rey y la reina han empezado tambien á extrañar mi larga ausencia, porque hace ya cerca de dos años que no he puesto los piés en las Tullerías. Luego, es tan buena, tan excelente para mí toda esa régia familia, que por todo lo del mundo no quisiera incurrir con ella en la nota de ingrato.

—Tiene V. muchísima razon, señor vizconde; cuando uno tiene tan buenas relaciones, no debe descuidarlas.

Como es fácil suponer, M. Levrault hizo los mayores esfuerzos para mantener la conversacion en este terreno, y lo consiguió sin gran trabajo.

El vizconde, de consiguiente, volvió á referir la historia de su presentacion con los mismos pelos y señales que Jolibois la habia contado el dia anterior, y se apresuró á contestar con una condescendencia infatigable á todas cuantas preguntas le dirigia el ex-mercader. En honor de la verdad, debemos decir que nuestro héroe tenia la lengua demasiado suelta y el humor bastante despejado para un hombre á quien habia aplanado en la flor de su edad una desgracia horrible. Segun él, tenia gran favor en la córte, pero nada queria para sí.

M. Levrault le escuchaba como á un oráculo, y se regocijaba interiormente, pensando en el gran

partido que podria sacar de un yerno semejante.

Considerábale á la vez un puente, muy á propósito para salvar el abismo que le separaba de los honores, una escala para alcanzar el poder, y una llave para abrir las puertas del Luxemburgo. Laura metia tambien su cucharada de vez en cuando en la conversacion, y siempre que abria la boca, el vizconde hacia ademan de extremecerse, se volvia hácia ella, y se quedaba como estático mirándola. La hija del ex-mercader no dejó de hacer alto, un si es no es sorprendida, en el efecto que producía su voz en los nervios del último vástago de los Montflanquin. El mismo M. Levrault formaba tambien sus calendarios sobre esta particularidad; pero ni el padre ni la hija se atrevieron á pedir la explicacion de ella al vizconde.

A ruegos de éste se sentó al piano la hija del ex-mercader, y al escucharla brincaba de admiracion Gaspar de Montflanquin, y daba *bravos* frenéticos, exactamente como si se hallara en una luneta del teatro Italiano. A decir verdad, Laura tocaba el piano lo suficiente para hacerlo soportable. Despues de ejecutar en él algunas brillantes fantasias, cantó una de las mejores melodías de Reber con voz que hubiera podido pasar por excelente, si ella no la hubiera desnaturalizado por aspirar á grandes pretensiones. Cuando, despues

de terminar la romanza, se levantó de la banqueta, se sorprendió alegremente al ver al vizconde inmóvil en la butaca, mirando al cielo, y sin dar señales de vida.

—Si no me engaño, señor vizconde, esa cancioncilla ha producido en V. una impresion bastante violenta, dijo M. Levrault, cuya sorpresa iba tambien en aumento.

—¡Ah! ¡perdone V. caballero, perdone V.! exclamó Gaspar despertando sobresaltado de su profundo éxtasis: la voz de esta señorita me embriaga de placer y me sumerge en las sensaciones más inefables; al escucharla, paréceme estar oyendo la de una adorable criatura, que pasó fugazmente sobre la tierra, y la cual vivirá eternamente en mi corazón. Esta criatura ¡oh Laura! no sólo tenía un timbre muy parecido al de V., sino hasta sus mismas facciones; así es que creo estar viéndola cuando á V. miro, y escuchándola cuando usted habla.

—¡Cómo! exclamó M. Levrault con una satisfaccion orgullosa que no se tomó el trabajo de disimular: ¿es posible, señor vizconde, que se parezca tanto mi hija á la señorita de Chanteplure?

—Vamos, ya veo, repuso aquel, que maese Jolibois ha revelado á Vds. sin ocultarles lo más mínimo el secreto de mi dolor; y, aun cuando no le

agradezco su falta de discrecion, tampoco le guardaré rencor por ello.

En efecto, señor de Levrault, la señorita de Chanteplure era en extremo parecida á la hermosa Laura: el timbre y las inflexiones de voz, lo ovalado del rostro, la mirada y hasta el color de los cabellos de ambas son idénticos. Lo único en que ya hallo alguna diferencia entre su hija de V. y la pobre Fernanda, es en la nariz: la de Laura es, á mi juicio, un poco más graciosa, de líneas más puras, más fina, y un poco más régia, por decirlo así. A excepcion de esto, aseguro á usted bajo palabra de caballero, que jamás se ha visto en la tierra una tan completa semejanza.

—¡Qué muerte tan desgraciada y tan sensible fué la de la señorita de Chanteplure! dijo M. Levrault con compasivo acento.

—¡Ah!..... exclamó Gaspar con gesto desolado.

—Siento muchísimo, señor vizconde, añadió Laura, satisfecha de parecerse á la hija de un marqués, que mi presencia esté condenada á despertar en V. tan penosos recuerdos.

Gaspar no respondió á estas palabras; pero en cambio dirigió á la señorita Levrault una mirada tan profunda, tan tierna y tan apasionada, que la hija del fabricante se libró, merced á ella, de toda inquietud y remordimiento.

La conversacion tomó en seguida un giro mé-

nos lúgubre. Si algo tenía de bueno el vizconde, era que las impresiones tristes duraban en él lo que la nieve en Abril. Al oírle contar la muerte de la señorita de Chanteplure, cualquiera hubiera creído que no le faltaba un tris para ir á sepultarse en la Trapa: cinco minutos despues hablaba de diferentes cosas con la versatilidad, la ligereza y la alegría de un pájaro, cuyas plumas mojadas por el aguacero de una tempestad, acaban de secarse al sol. En su talento, en su verbosidad y en sus maneras, había un no se qué y una cierta cosa que no habrían podido engañar á personas experimentadas, pero que perturbaban fácilmente á los cándidos y faltos de mundo. Hablaba de todo con una facilidad maravillosa, y sabía ir haciendo soportable su fealdad gradualmente. Al hacer mencion de la nobleza del país, tuvo buen cuidado de insinuar á M. Levrault que las familias más distinguidas de la comarca se hallaban ausentes de sus respectivas posesiones: nombróle sin embargo las suficientes para no alarmar las ilusiones del bueno del ex-mercader, á quien supo engatusar perfectamente por otro lado, asegurándole que las casas de Barbanpré y de Kerlandec no cedían en ilustracion y antigüedad á ninguna otra.

Las horas habían corrido insensiblemente en tan agradable entretenimiento, y M. Levrault

ofreció por lo tanto al vizconde llevarlo á su casa en carretela descubierta á la Daumont, tirada por cuatro caballos. Gaspar respondió que quería volver como había venido, ó sea un pié tras otro, pretextando que para apaciguar su corazón necesitaba el silencio de los dormidos campos.

Y al expresarse así, dirigió á la hija del ex-mercader una tierna y lánguida mirada.

M. Levrault no insistió más; pero con el tacto y delicadeza del rico que cuenta su oro delante del pobre, exigió de Montflanquin que antes de marcharse recorriese su castillo, sus cocheras, sus peñeras y sus caballerizas. No le perdonó ni una habitación, ni un carruaje, ni un caballo, ni un perro. Gaspar había hablado del esplendor de su nombre, de sus relaciones con los príncipes y del favor de que gozaba en la córte; M. Levrault tomó la revancha haciendo sonar sus millones. Afortunadamente este ruido estaba muy lejos de ser desagradable al vizconde de Montflanquin.

—No se olvide V., le dijo el fabricante, de que mañana se le espera á comer en la Trelade. Yo no tengo, prosiguió, la dicha de descender de Godofredo de Bouillon; pero en cambio espero demostrar á V. que mi mesa vale tanto como cualquiera otra.

Gaspar hizo una profunda cortesía á Laura, estrechó cordialmente entre las suyas la mano de

M. Levrault, y se retiró declarando que desde la muerte de la señorita de Chanteplure no se acordaba de haber pasado una noche tan agradable ni aun en la corte misma.

—¿Qué te ha parecido el vizconde? preguntó M. Levrault á su hija, así que se quedaron solos.

—Bastante feo, repuso Laura sin vacilar.

—No te diré lo contrario; pero no podrás menos de convenir conmigo en que se acostumbra uno pronto á su figura. El primer golpe de vista no suele serle favorable; y sin embargo, concibo yo que á la larga es muy posible encontrarle hasta buen mozo. Luego..... tiene un talento!.... una gracia!.... unos modales!.... Vamos, vamos; digan lo que quieran, añadió metiéndose las manos en los bolsillos, siempre es lisonjero para uno recibir en su casa personas de este rango.

IV.

M. Levrault, no obstante, debía tardar muy poco en convencerse de que la Bretaña no era un país tal como él se lo había figurado en sus ensueños. Los castillos arruinados, con sus viejas murallas cubiertas de yedra y con sus torreones habitados únicamente por buhos y lechuzas, abundaban bastante en las cercanías de la Trelade; en cambio eran pocos, muy pocos, muchos menos de los que creía M. Levrault, los que se mantenían en pié, y tenían castellanos ó castellanas. De modo que Clisson, de Mortagne y de Tiffauge, que, según la expresión feliz de maese Jolibois, esperaban al ex-mercader con los brazos abiertos, no eran, desde hacía luengos años, más que unos montones de ruinas. M. Levrault supo con gran estupor y sorpresa suya que todas aquellas casas se habían ex-